

José María de Oriol

Por el Académico de número

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a DE AREILZA (*)

Aunque separado por una pequeña diferencia de años, que en la adolescencia resultan ser a veces distancias más considerables, mantuve con José María Oriol una larga y sólida amistad que arrancaba de nuestras respectivas familias maternas. Su madre, doña Catalina Urquijo y Vitórica, y mi madre, habían tenido desde niñas una íntima amistad que siguió hasta la muerte de la primera. José María, primogénito del matrimonio Oriol-Urquijo, nació en Santurce, en un bello palacete de estilo británico que diseñó el arquitecto Achúcarro, hermano del famoso histólogo discípulo de Cajal y tío del conocido pianista. El edificio se levantaba —se levanta todavía— sobre un acantilado que domina el Abra de Bilbao. La casa de mis abuelos se alzaba a unos cientos de pasos, en término de Portugalete, disfrutando del mismo sugestivo paisaje sobre la bocana de la ría bilbaína, pletórica, ya entonces, de tráfico marítimo. La familia de José María se trasladó a Madrid donde hizo sus estudios de segunda enseñanza, ingresando después en la Escuela de Ingenieros Industriales, lo que marcó profundamente su vocación futura de gran empresario. Era, sustancialmente, un ingeniero cabal; un hombre de proyectos y diseños imaginativos, con un acentuado sentido del realismo económico que le hacía inclinarse o rechazar esta o aquella solución, en función de su rentabilidad y sus perspectivas de ganancia. Tenía una asombrosa rapidez matemática para manejar los grandes números.

Don Lucas de Urquijo, socio fundador de la Banca del mismo nombre y abuelo suyo, se separó del negocio de sus hermanos y labró una considerable fortuna en los últimos años del siglo XIX y primeros del 900. Tuvo don Lucas el palpito del futuro gran negocio de la energía hidráulica, entonces en ciernes en España, incluso consi-

(*) Sesión del día 26 de noviembre de 1985.

derado por muchos banqueros como inversión de grave riesgo y dudoso beneficio. Su caudal de riqueza fue heredado por su única hija y acrecentado notablemente por su marido, don José Luis Oriol, arquitecto de profesión y, en realidad, hombre de actividades financieras múltiples, lo que supuso la creación en pocas décadas de una de las primeras fortunas de nuestro país.

José María Oriol recibió de sus padres un alto nivel de patrimonio familiar propio. Pero no fue nunca eso que los franceses llaman «un fils à papa», un «hijo de papá». En su hogar, junto a una estricta y sólida atmósfera de piedad y cristianismo activo, existía el culto al trabajo incesante y a la responsabilidad del mando. José María Oriol tuvo esa ética del cumplimiento del deber, muy arraigada en su talante desde su juventud, por encima de cualquier otra concesión al bienestar, al ocio o al lujo. Y junto a ello, latían asimismo en su formación otras dos constantes a las que voy a referirme brevemente. Era una su fidelidad al ideario del tradicionalismo. La segunda, su visceral querencia a la nativa tierra vasca.

Los Oriol, de linaje catalán, habían sido de abolengo carlista durante cuatro generaciones. Junto a don Carlos María Isidro, figuró en lugar preminente un antepasado de José María, cercano colaborador político del Pretendiente, en la Corte de Oñate. Otro miembro de la familia alcanzó el rango episcopal y fue adalid conservador del sector de la Iglesia, más proclive a la rama dinástica proscrita. El abuelo de José María tomó parte en el sitio de Bilbao de 1874 como jefe de ayudantes del General Dorregaray, comandante supremo del ejército sitiador. Carlos VII le concedió en 1870 un título de nobleza —«in partibus infidelium»— rehabilitado en 1958. Don José Luis Oriol, aunque diputado de la mayoría conservadora, de matiz maurista en la Restauración, durante una de las últimas legislaturas parlamentarias del reinado de Alfonso XIII, optó en 1931, tras el advenimiento de la República, por crear en la provincia de Alava un bastión electoral de signo *católico-fuerista*. Gastó mucho tiempo en las elecciones; estableció una infraestructura eficaz, a lo largo de la provincia, y logró un acta de diputado frente a nacionalistas y republicanos en las Cortes Constituyentes de 1931, integrándose en la llamada «minoría vasco-navarra».

José María ayudó decisivamente a su padre en este empeño y tomó parte activa en las campañas y en los actos populares de la misma. A partir de las elecciones de 1936, que dieron la victoria al F.P., se empezó a convertir la organización electoral de Vitoria en un centro de reclutamiento de los requetés de Alava. Al estallar el Alzamiento de Julio del 36, los voluntarios carlistas se convirtieron en una pieza decisiva para que la escasa guarnición de Vitoria lograra dominar toda la llanada alavesa desde Miranda hacia Alsasua y Villarreal, quedando el valle del Nervión, en poder del gobierno vasco y de las tropas republicanas. José María Oriol se incorporó con sus hermanos al voluntariado carlista y se tocó con la boina escarlata de sus antepasados.

Terminada la guerra y después de haber ocupado con eficacia, y realizado obras importantes durante dos años, la Alcaldía de Bilbao, José María de Oriol tomó parte muy activa en un proyecto político que le obsesionaba, por considerarlo, históricamente, necesario: la unificación dinástica española. Trabajó árdamente en el propósito y logró que un núcleo del tradicionalismo político considerable por su representatividad, marchara a Estoril, en diciembre de 1957, a firmar un documento de adhesión a don Juan de Borbón, Conde de Barcelona y Jefe entonces de la Casa Real Española. Asimismo, trató Oriol, inútilmente, de lograr un entendimiento entre Don Juan y Franco, realizando cierto número de viajes entre Estoril y el Pardo, sin resultado tangible. Intento político que un espíritu cáustico de esta Academia, José Félix de Lequerica, comparó con los del financiero monárquico francés, Chesnelongue, empeñado en conseguir que Mac-Mahon, el Mariscal francés, se entendiera con el Conde de Chambord en 1873, para convertirlo en el Rey Enrique V, en vez de desembocar en la III República. José María Oriol se alejó después de esa fecha de la política activa. Le fue ofrecida por Franco la cartera de Industria en una de las crisis de gobierno, y tuvo José María la delicadeza de consultarlo previamente con el Conde de Barcelona quien le otorgó su venia. Pero la propia consulta sirvió, al ser conocida, para dejar caer el ofrecimiento.

La otra vertiente de su perfil ideológico era un fuerte arraigo de su vasquismo temperamental. El «vasco-fuerismo» paterno lo llevaba en los repliegues de su piel y no dejaba de hacerse presente en su talante íntimo. Gozaba en sus meses de verano bilbaíno recorriendo el paisaje de sus mayores. Salía de excursión marítima cotidiana y volvía de tiempo en tiempo a las tierras alavesas del valle de Ayala, entre Quejana, Arciniega, Menagaray y Murga, al pie de la Sierra Salvada —la de los incomparables tesoros románicos dispersos—, un valle donde cada casona antigua superviviente llevaba el nombre de alguno de sus apellidos maternos.

Era José María como empresario un verdadero «capitán de industria». Ejercía ese liderazgo del capitalismo moderno con plena y legítima sensación de su decisivo papel en la economía nacional. Era tan veraz su convencimiento de la indispensable función que la iniciativa del empresario, junto a la inventiva de los técnicos, juega en el progreso y desarrollo de la economía de mercado moderna, que lograba el respeto de sus antagonistas en la competencia, y también de los altos niveles de gobierno —en muchas ocasiones, hostiles o recelosos— hacia sus opiniones o actitudes personales. A Oriol se le respetaba porque conocía los entresijos de los problemas, con minuciosa certeza, y no vacilaba en proclamar abiertamente la necesidad de proteger la ganancia como precio obligado de la azarosa incertidumbre del riesgo. La demagogia le dejaba indiferente y la utopía le hacía sonreír. En cambio se entendía con cualquier ejecutivo industrial del mundo americano o euro-occidental, casi a medias palabras. Yo le solía decir que si hubiera marchado a Estados Unidos al acabarse la guerra civil española, se hubiera convertido en pocos años en un próspero «business man», con su puesto de mando en la cúpula de una gran multinacional.

Me dio la razón pero me argumentó que la nostalgia de su adorable mujer andaluza, Marucha Ybarra, hacia su tierra nativa, hubiese truncado el proyecto.

José María adquirió en los últimos años un acentuado perfil de patriarca bíblico, con larga descendencia, lucidez longeva, autoridad de clan y catolicismo plenario y sin fisuras. Yo escribí de él que en sus ojos azules, casi transparentes, se reflejaba la plácida superficie del lago interior de su espíritu, sin tormentas, ni galerna alguna.

Era un hombre de gran independencia que algunos le reprochaban y hasta temían. Estudiaba en profundidad las cuestiones y las rumiaba hasta la saciedad. Una vez formado el juicio seguía adelante sin importarle opiniones, críticas o respetos humanos. Recuerdo haber contemplado, en cierta ocasión, cómo hubo de dictar un laudo, por convenio entre las partes litigantes, en una grave y difícil disputa de indemnización por negligencia técnica, causante de importantes daños. Era un asunto que apasionaba a la opinión local de Bilbao. José María recabó un plazo para emitir su dictamen. Y lo hizo sin vacilación en términos rotundos y cuantitativos. Como alguien lo discutiera, por considerarlo arbitrario, mostó al discrepante un trabajo tan meticuloso y perfecto, contenido en cincuenta páginas manuscritas, repletas de cálculos, que causó el asombro del criticante que le dio toda clase de excusas al saber, además, que se había negado a cobrar un céntimo por el trabajo realizado. ¡Que así era de concienzudo en sus decisiones nuestro compañero!

José María era un español señero, de recio carácter y a la vez humana bondad, que hacía de la amistad un verdadero culto inasequible al olvido del paso de los años. La sintonía de los que disfrutamos del regalo de esa amistad se establecía al instante de renovar el contacto personal. La corriente mutua se encendía y se ponía en marcha, como el flujo de los electrones en un conducto de alta tensión. La Academia se honró con su activa presencia en nuestras reuniones y sesiones durante muchos años. En la noche de hoy nos honramos nosotros evocando en estas breves semblanzas el inolvidable perfil de nuestro querido compañero.